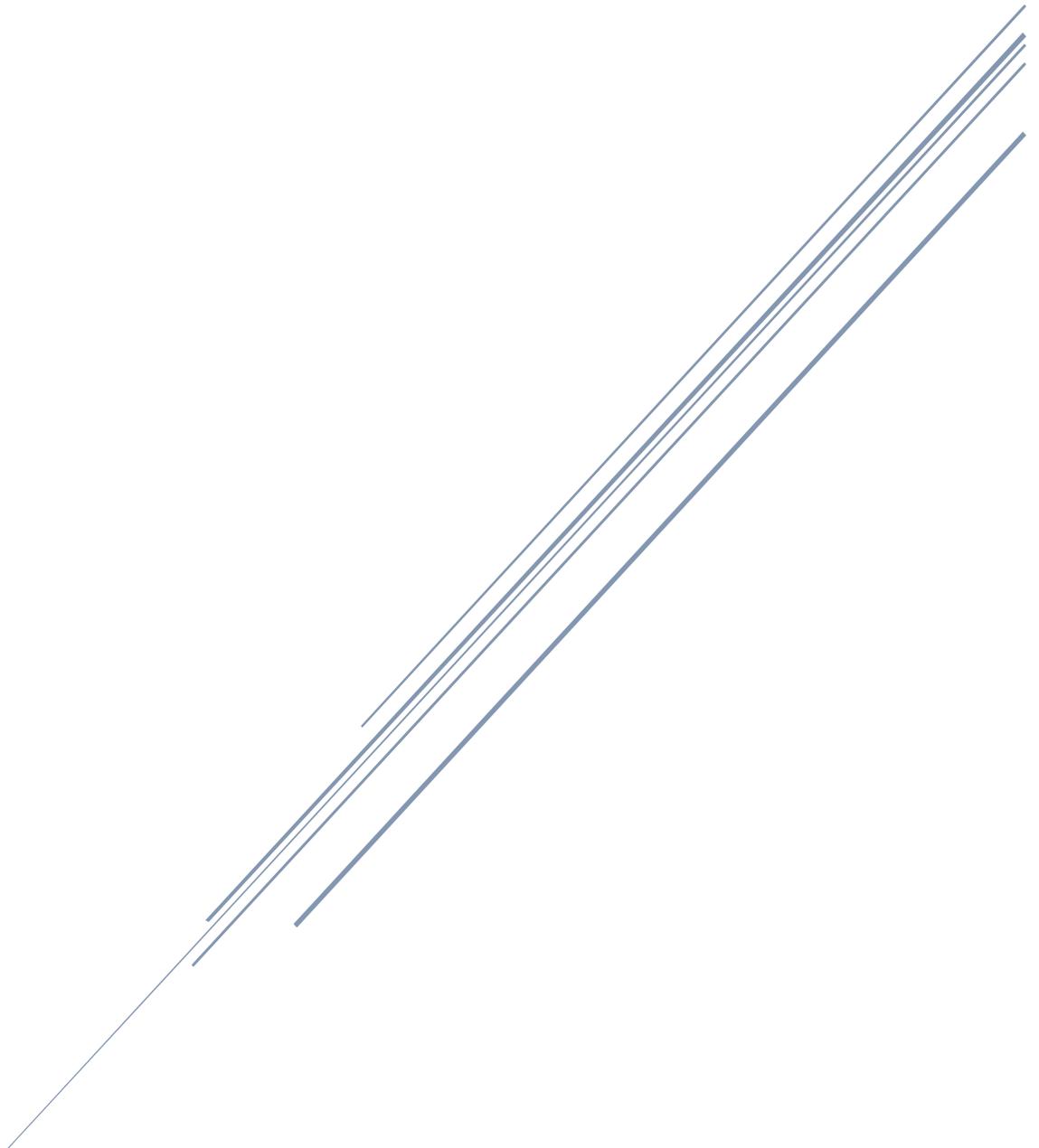


¿QUÉ DICE EL ESPÍRITU A LAS IGLESIAS HOY? DISPOSICIONES PARA ELABORAR PLANES PASTORALES

JOSÉ MARÍA RAMBLA BLACH, SJ



XLII Jornadas de Vicarios de Pastoral
Burgos, 1 – 3 de mayo de 2017

¿QUÉ DICE EL ESPÍRITU A LAS IGLESIAS HOY?

DISPOSICIONES PARA ELABORAR PLANES PASTORALES

Hay un presupuesto fundamental que es lo que el Papa desarrolla en la *Evangelii Gaudium*, en los primeros 49 números –la primera parte–, unas disposiciones que en el fondo es como **Redescubrir el gozo y la fuerza del Evangelio para la evangelización**. Redescubrirlo es algo general pero imprescindible. “*Invito a todos los cristianos, en cualquier lugar y situación en que se encuentren, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso*”. La lectura meditada de la Palabra de Dios y la renovada ilusión de nuestros servicios pastorales, los que sean, puede ser un camino para ir avanzando en este descubrimiento de la fuerza del Evangelio y de la evangelización.

La *Evangelii Gaudium* después de eso tiene un segundo, tercer y cuarto capítulos, que son bastante más concretos. Sin llegar –no será el espíritu del Papa– a concreciones, en el capítulo segundo trata la crisis del compromiso comunitario, en el tercero el anuncio del Evangelio, y en el cuarto trata de la dimensión social de la evangelización, nos darán pistas para las concreciones que se tienen que ir realizando en los distintos lugares: planes pastorales, proyectos de arciprestazgo, comunidades religiosas, lo que sean.

En cambio, al final, el capítulo quinto “Evangelizadores con Espíritu”, yo me detendré esta tarde en este capítulo.

EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU

Aquí vale ese axioma clásico de que *lo primero en la intención es lo último en la ejecución*. Esto, la ejecución, que es lo último, está al final, pero es lo primero, sin esto no se puede realizar todo lo que precede.

Renovación de la Espiritualidad

La espiritualidad evangélica integra la vida interior y el compromiso activo. Sin interioridad no hay experiencia espiritual. Lo contrario de la interioridad no es la

exterioridad, lo contrario de la interioridad es la superficialidad. La interioridad hay que vivirla en lo exterior, en el trabajo, en el ministerio, en el compromiso de distintas formas.

Por esto debemos profundizar continuamente en aquella espiritualidad que, desde Abraham hasta Jesús de Nazaret, pasando por los profetas, por mujeres como Débora, Judit, Ester, Rut y María de Nazaret, y después Pablo y los primeros padres de la fe, han sido nuestro legado. Eran mujeres y hombres de Dios que eran a la vez mujeres y hombres del mundo y de la gente.

El peligro de la espiritualidad en convertirla en agua destilada, incolora, inodora e insípida. *“La solución –dice el Papa– nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros”*. Te encuentras con Dios, que es amor, y te envuelves en fuego. Te encuentras con Jesús y te encuentras lanzado a los demás. El dualismo que muy a menudo nos amenaza, tanto en la adversativa u oración o acción, como en la yuxtaposición de oración y acción, debe superarse en la profundidad de una actitud teologal, que nos pide salir de nosotros mismos y vivir desde la mirada de Dios que nos salva y su manera de hablar manifestada en Jesús. Porque en la raíz de la evangelización existe una experiencia íntimamente personal como la de los discípulos de Juan Bautista que se encontraron con Jesús y ya no pudieron separarse de él; como la de Simón y sus compañeros que, sin Jesús, ya no sabían dónde ir; como la de Zaqueo que, al cruzar su mirada con la de Jesús, bajó deprisa y contento del árbol e hizo la gran fiesta que cambió su vida; como la de los discípulos de Emaús que, casi sin darse cuenta, caminando con Jesús, vieron cómo su corazón se inflamaba y volvieron a los discípulos.

“La Iglesia –dice el Papa– necesita imperiosamente el pulmón de la oración”, pero añade *“existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida a la misión”*. Y dice que *“hay que rechazar la tentación de una espiritualidad escondida e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación”*. Las prácticas de piedad son necesarias, evidentemente, necesita apoyo nuestra experiencia de Dios, pero también lo son las actividades pastorales y sus exigencias de preparaciones y reuniones. Lo decisivo es lo que el Papa llama *“una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios”*, o cuando dice que *“ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu”*.

En el Vaticano II aparece en tres documentos –sobre la vida religiosa activa, sobre el ministerio de los presbíteros, y sobre los laicos–, en qué consiste precisamente la espiritualidad, y dice que es una *unidad de vida*, pero no una unidad de vida fundada en la oración. Lo que da unidad a la vida es la búsqueda de Dios, dice en el documento sobre la vida religiosa; fue un documento muy trabajado porque inicialmente hablaba de los peligros de la acción, y gracias a intervenciones del General Werner y del Cardenal Suenens dijeron que si gran parte de los que sirven en nuestras iglesias dedican un rato notable a la oración, ¿es una parte mínima de su vida?, ¿la unidad de su vida secundada en la oración? Ahondando en esto recobraron el sentido profundo que tiene la espiritualidad: la espiritualidad se basa en la búsqueda de Dios, es decir, en la dimensión teologal, que se expresa en la contemplación por la cual nos adherimos a Dios –ojo que la contemplación no es simplemente el panorama que tenemos delante, sino una actitud del corazón, la contemplación es adhesión del corazón– y la misión.

Por tanto, lo que da unidad a nuestra vida es un texto que cité esta mañana: Gálatas 5,6, es *“la fe que actúa por el amor”*, y esa fe, que se traduce en amor, busca espacios de comunicación con Dios en la gratuidad contemplativa y se expresa en la misión, pero no es la oración la que une, sino esta actitud de fondo. Naturalmente que sin oración no vivirá. Ya decía Kierkegaard que la fe es la madre y la oración es la hija, pero es la oración la que mantiene a la madre. Pero en un sacerdote llamado al ministerio, o en un religioso de vida activa, o en un laico, esto debe traducirse también en misión o en servicio. Como hablaban los antiguos, es la circularidad de la oración y de la acción: mi acción nutre mi oración, mi oración inspira y debajo de todo está esta búsqueda de Dios. La búsqueda de Dios es la búsqueda del Dios del Reino.

Por esto pensemos que la espiritualidad ya decía que no era agua destilada sino agua fuerte. Bienvenido sea San Juan de la Cruz, Santa Teresa, San Ignacio, Santa Teresa de Lisieux, San Francisco de Asís, que los necesitamos, gran regalo de la Iglesia. Pero nuestro maestro de oración es Jesús de Nazaret, nuestro maestro de espiritualidad es Jesús de Nazaret, y nuestro libro de espiritualidad es la Biblia. Pensemos que la Biblia tiene largas páginas de historia humana, todo el Antiguo Testamento: un pueblo que sufre, que vive, que libera, que es fiel, que siente la misericordia de Dios, que rehace caminos. Y esta es la espiritualidad cristiana: la de un Dios que nos mueve y la de una persona o un pueblo que escucha a este Dios para buscarlo. No caigamos en aquello que tan crudamente atacaba y decía Léon Bloy: *“hay personas que creen amar a Dios porque no aman a nadie”*.

Por tanto ¿cómo avanzar en esta línea que nos recuerda el Papa? Reflexionemos en estas palabras: *“Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas si no van acompañadas de un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y las praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón”*. El centro de la espiritualidad está en el corazón de la persona, la persona que ama, y que por esto necesita expresar esta realidad de la amistad con Dios. Y precisamente con el mismo movimiento se da al servicio y a los demás.

Por tanto ¿cómo buscar individual y comunitariamente esta integración espiritual y apostólica? Yo sugeriría la promoción de retiros, la práctica regular de la oración, la revisión de vida, el acompañamiento espiritual que se está redescubriendo en estos últimos años. Todo esto pero bien unidos a alguna forma de compromiso social pastoral o de las obras de misericordia en aquellas cuatro líneas que Walter Kasper resumía:

- ✓ *La línea de la misericordia física o económica*, que sería ayudar materialmente a la gente.
- ✓ *La línea cultural*, que sería en definitiva ayudar a los que necesitan integrarse: inmigrantes, enseñar la lengua, ayudar.
- ✓ *La línea social*, que sería ayudar a las personas solas, a su integración social.
- ✓ *La línea espiritual*, como decía una persona que se acercaba a un banco de alimentos “mi boca necesita una boca para alimentarse y un gran oído para escucharme”.

Por tanto un trabajo en nuestras comunidades para ayudar a la gente a hacer experiencias de interioridad, pero bien encajadas con experiencias de praxis de aquello que contemplamos y que vivimos, si no caeremos en una especie de idealismo cristiano o de neoplatonismo evangélico.

Encuentro Personal con el Amor de Jesús que nos Salva

Ya hemos hablado de la relación con Cristo, pero ahora quisiera insistir, siguiendo lo que nos dice el Papa. Es necesario el *“encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva”*, y sigue el Papa en otro momento *“No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no está convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no haberlo conocido”*. Qué interesante es esto. Yo estoy en el diálogo interreligioso y ahora hago paréntesis, pero ¿cómo voy a

hacer paréntesis de algo que es parte de mi historia personal? No hago proselitismo, no voy a convencer, pero es una realidad que la llevo puesta. ¿Qué aportamos como cristianos?: aportamos el misterio pascual, nada más, de un Cristo muerto y resucitado, y esto lo llevo puesto y esto lo apporto.

Pero como sólo se comprende del todo lo que se practica y se hace vida propia, esta *lectio divina*, este contacto con el Evangelio, mi oración evangélica, debe ir continuamente impregnada de los sentimientos de Cristo, de la praxis de actitudes personales y de acciones evangélicas. Sobre todo de aquella misericordia que movía a Jesús y que consideraba a los pobres como favoritos de su buena nueva.

Hace unos pocos años, en un artículo notable de la revista *Frontera*, José Antonio Pagola recordaba e insistía que el camino para resolver los problemas de la Iglesia debe ser el de rehacer a fondo nuestra familiaridad con Jesús, nuestra adhesión de todo corazón a él y compartiendo las obras que nacen de su misericordia. En esta renovada relación con Jesús, nos podemos encontrar cristianas y cristianos conservadores y progresistas, cristianos de la base y cristianos de la “cúpula”.

Al final del cuarto evangelio, Jesús repite a Simón Pedro la pregunta “¿me quieres?”, y a la respuesta positiva de Pedro, Jesús añade “Apacienta mis ovejas”. La evangelización, y por tanto un auténtico plan pastoral, debe tener la raíz en el amor a Jesús, que es el Pastor principal, porque el encuentro con Jesús, la familiaridad con él, son siempre centrífugos, nos empujan hacia los demás. “*Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús*”, sin grandes cursos ni grandes instrucciones, dice el Papa.

No nos cansemos pues de promover el estudio del Evangelio, la contemplación sencilla de los misterios de la vida y pasión, muerte y resurrección de Jesús. Siempre, no obstante, un Evangelio y una oración bien contextualizados en el mundo y la sociedad de hoy. Porque seguir a Jesús no es reproducir miméticamente a Jesús, sino prolongar a Jesús, es hacer nuestra historia de hoy como Jesús hizo la de su tiempo. En cualquier caso, debemos dejarnos interpelar y desmarcar por Jesús, que irrumpe en nuestras vidas más allá de nuestros esquemas y proyectos. Así vamos asimilando los sentimientos de Cristo Jesús. Y no olvidemos que los discípulos de Emaús reconocieron a Jesús porque su corazón se calentaba con su compañía.

Y una cosa que no deberíamos olvidar es lo que tenemos más a mano, que es la Eucaristía. Renovar nuestra participación muy personal en la Eucaristía. Las eucaristías desde luego son celebraciones de la comunidad, pero nos convocan a una

comuni3n 3ntima y din3mica con Cristo. Que las eucarist3as no sean s3lo instrucciones moralizantes, peque1as s3ntesis de ex3gesis, sino vivencias de Jes3s que nos convoca, que nos habla y que nos hace sentir su amor. La celebraci3n incluye, no elimina, la relaci3n personal con Cristo. Que al final de la Eucarist3a pudi3semos repetir “he vivido una experiencia de relaci3n viva con Jes3s”.

El Gusto Espiritual de Ser Pueblo

Otro elemento que nos recuerda el Papa. Jes3s se pas3 treinta a1os viviendo “como uno de tantos”, un hombre del pueblo. Con su imaginaci3n un poco africana en el Chad me cont3 uno “pues mira, Jes3s hizo esto: dedic3 treinta a1os a la amistad, tres a1os a la predicci3n y tres d3as a los sacramentos”. Es la imaginaci3n de una Iglesia en salida, de una Iglesia hacia afuera, una Iglesia experta en humanidad; el pueblo y la gente deben ser una escuela imprescindible para todos nosotros. Todas las personas que estamos aqu3 tenemos muchos contactos y relaciones con gente de todo tipo. Con todo, el Papa nos empuja a avanzar en este “*estar con la gente*”. Estar con la gente significa estar f3sicamente tanto como sea posible, pero, sobre todo, captar c3mo son los hombres y las mujeres, qu3 hacen y por qu3 lo hacen, escuchar qu3 nos dicen con palabras o con lenguaje no oral, dialogar en vez de imponer...

Un excelente modelo –y el Papa hace referencia varias veces a Mar3a– es la Mar3a del Evangelio, que se perdi3 en el anonimato de la gente, pero que primero “*guardaba las cosas en el coraz3n*”, no le resbalaba. Iba a la fuente no con un cesto de lana, sino con un c3ntaro. Qu3 riqueza la de nuestros contactos, despachos parroquiales, en grupos, preparaci3n, qu3 riqueza la nuestra, pero ella “*guardaba las cosas en el coraz3n*”. Pero adem3s las elaboraba, se dejaba trabajar. Dar, pero tambi3n saber recibir. Amar, pero dejarse querer. Evangelizar, pero ser evangelizados. Qu3 riqueza se nos ofrece en esta formaci3n permanente que es la de cada d3a. Y no solamente se dejaba trabajar, sino que Mar3a se impactaba por los interrogantes de la vida. ¿Os hab3is fijado c3mo Mar3a no acababa de entender muchas cosas de las que le pasaban?: desde la sorpresa ya del contacto con el 3ngel que le anuncia algo, que le descoloca totalmente. Un anuncio de los pastores que qued3 fuera de s3. Cuando va al templo tambi3n lo que le anuncia Sime3n. O cuando el ni1o se pierde y dice que no entendieron lo que les dec3a. O cuando en la vida p3blica Jes3s empieza a hacer de las suyas y no acaban de entenderle.

Cuántos interrogantes hay en nuestras vidas, interrogantes que nos plantea la fe. La acción social, nuestra afectividad, la oración, el trabajo en equipo, la gran sabiduría de saber sostener los interrogantes y no salirse por la tangente, esconder la cabeza bajo el ala “ya pasará”, o las soluciones a las cuales a veces el clero estamos bastante inclinados, que son soluciones rápida y no auténticas: “el Papa ha dicho”, “ya se ha dicho”, “esto ha pasado siempre”. No, sostener interrogantes supone la paciencia de esperar, que hace sufrir; supone orar; supone consultar; supone confiar en Dios, que aunque el vendaval se lleve algunas ramas de nuestro árbol, nunca podrá con las raíces si nuestras raíces están fundadas en Dios.

Y así va creciendo nuestra vida: saber acoger las realidades de la vida como María, saberse trabajar por la vida y sostener los interrogantes que nos plantea la vida.

Se ha dicho a veces que nos falta una cristología de los años escondidos de Nazaret. Y es verdad, yo dando unos ejercicios en Argentina recuerdo que una vez en la última etapa les dejé dos días con dos versículos, y dijeron: pues esta es la experiencia nuestra de cada día, que el Evangelio no son vigiliias pascuales ni domingos de Pascua, sino que son lunes, martes, miércoles, jueves, viernes de trabajo, semanas de todo tipo y por esto la Biblia es tan aburrida, porque seleccionamos, pero tragamos el Levítico.

¿Por qué? Porque es la presencia de Dios en nuestra historia de cada día, y este es el misterio de este Dios que se nos dio no como sacerdote, ni como levita, ni como doctor de la Ley, sino como un hombre del pueblo, trabajando cuando había que hacer, colaborando en el campo en época de cosecha, viviendo las alegrías y penas de la gente, y compartiendo todo.

Para nosotros la gente pueden ser los que no están con nosotros, porque no practican, o quizás aquellos que son algo –digamos– adversarios, o quizás aquellos que se aprovechan de nuestros locales de nuestras parroquias y asociaciones, o quizás son contestatarios. Quizás nos molestan y nos desentendemos de ellos. Por eso es inspiradora la recomendación de San Benito –gran maestro de vida comunitaria– que dice que hay asuntos para resolver que se convoque a toda la comunidad, pero que se escuche especialmente a los jóvenes. Los jóvenes no son los de menor edad, sino los más recientes en el monasterio. San Benito llega a decir, es más, que si hay una persona que está de paso en la comunidad y cree que os tiene que decir alguna cosa, considerad si aquello que os dice puede ser interesante. El bien válido el pensamiento de Antonio Machado de enriquecernos con nuestro complementario, que suele ser nuestro contrario.

Recuerdo un primo mío, jesuita que era director del colegio mayor que teníamos en Barcelona, más de 3.000 alumnos, y me decía una vez “no sabes lo aislados que vivimos”. Allí vivían 3.000 personas que hacían familia, pero al final todos eran personas de la misma sintonía, eran mucha gente pero todo eran variaciones de lo mismo. Qué interesante es salirnos de lo nuestro, buscar contactos al margen de este contacto con la gente.

Este gusto del pueblo ya se ve que los seculares, mujeres y hombres que son Iglesia como tanto solemos repetir, tienen un papel esencial e imprescindible. Con ellos, y no sin ellos, se constituye el pueblo de Dios. Evidentemente, si hemos de ser Iglesia de la gente, los seculares son el gran tesoro de nuestras comunidades, los que de verdad viven y ven la condición humana sin atributos. ¿Es cierto que los seculares son Iglesia, y no empleados o clientes?

El gusto del pueblo debe ser el gusto del pueblo real, no del pueblo que sin darnos cuenta formamos nosotros o el de nuestro entorno más próximo. ¿Cuál es realmente el pueblo? ¿Cuáles son las mayorías en nuestra Iglesia local? ¿Pensamos cuáles y cómo son las mayorías sobre las que nos informan también Cáritas y las estadísticas sociológicas más fiables?: el número de parados, el número de personas con pensiones insuficientes, el número de personas sin techo, el número y condiciones de muchos inmigrantes y refugiados, el número de personas solas. Tal vez en un plan pastoral debería reflejarse la imagen de aquel Jesús que se sentaba a la mesa con los pecadores y los publicanos, y que con ello manifestaba cuál era su gusto espiritual de ser pueblo y nos revelaba la alegría del Padre. Una invitación a ser personas y comunidades de puertas abiertas, personas y comunidades para los demás, aprovechando las ocasiones que se nos ofrezcan y yendo más allá de nuestros muros.

¿Qué podríamos hacer para conectar más con la gente que no viene a la Iglesia, o que se acercan, pero como meros “consumidores” de nuestros servicios? ¿Podríamos estar más presentes en los lugares donde se mueve la gente del territorio parroquial, o del territorio de sus asociaciones o actividades? ¿Qué acciones pueden hacerse en la parroquia, comunidad, movimiento o asociación, para ser Iglesia en salida, hacia fuera, o para ir a las “periferias existenciales”?

Yo estaba realizando Teología en San Cugat, al principio de los años 60, y había un párroco en Barcelona que llevaba una línea muy renovadora, era antes del Concilio, y hacía una pastoral que llamaba la atención. Un día nos vino a hablar a nosotros, los teólogos, todos pensamos que del complejo parroquial, de la Iglesia, de los despachos, de un centro de encuentro para jóvenes, y uno le preguntó “y usted ¿no tiene aquí un

centro de encuentro con jóvenes, una cafetería?, y dijo “sí, en el bar de la esquina”. Es simplemente una anécdota, pero parece que lo otro también es la realidad de nuestra parroquia, de nuestro trabajo, de nuestra pastoral, llenarse de esta sabiduría de la gente –dice el Papa–.

Fe Viva en la Resurrección del Señor

Sabemos muy bien que la pastoral, la evangelización, no es una empresa, ni simplemente una organización, ni una planificación. El Reino de Dios empieza como un grano de mostaza y es Dios quien lo hace crecer. Recordad cómo en los años 60 hizo furor aquella obra de González Ruíz “Crear es comprometerse” y yo recuerdo que, sin discrepar de lo que decía, José María Castillo le agregaba “Crear es comprometerse con alguien”. La Iglesia no es una empresa, es una mística. La pastoral es una mística, es un compromiso que nace de un encuentro y que lleva a un encuentro, que es lo único y lo importante que tenemos que decir a la gente.

Cuando hace ya más de 15 años los obispos cubanos empezaron a hablar un poco más alto, decían: la Iglesia será tanto más creíble cuanto más hable de Jesucristo y menos de ella. Jesucristo.

El Reino de Dios empieza como un grano de mostaza, pero pasa por la cruz. Debemos pasar de una concepción meramente mesiánica del cristianismo y de la pastoral, que quizá pone la seguridad en el poder de los medios poderosos, de las planificaciones sociológicas exhaustivas, y a veces quizá por desgracia en las luchas intestinas para llevar adelante nuestras ideas o intereses de personas o grupos, a una concepción cristológica. Pasar de la concepción mesiánica: cuántas reuniones, cuántos capítulos, cuántas conferencias episcopales, cuántas asambleas, son luchas intestinas. El Reino de Dios no es mesiánico, no se basa en el triunfo, sino que se basa en el misterio de Cristo muerto y resucitado, pasa por la cruz, pasa por el misterio de la cruz, esto es la dimensión cristológica.

Nuestra pastoral, de una forma u otra, pasará por la incompreensión, por la aparente esterilidad de nuestros esfuerzos, por la poca significación pública de la Iglesia, por conformarse por unos medios modestos. La cruz, sin embargo, no es el sufrimiento, el fracaso y la humillación, sino que es el dolor y el sufrimiento que provienen de la fidelidad a Cristo y a su manera de evangelizar. En los años 40, en París, había un teólogo muy brillante que anunciaba: “el Reino de Dios solamente avanza con los medios propios del Reino”. Hay triunfos aparentes que son auténticos fracasos, nos

aplauden, llenamos mucha gente, salimos en los periódicos, tenemos un partido político a nuestro favor, etc. Y hay aparentes fracasos que son triunfos, la fidelidad a los medios es lo que define. Como mártires ha habido en todos los continentes, en el momento de la ocupación de los nazis, él estaba asistiendo a un grupo de cristianos en la resistencia, lo detuvieron, y en el año 44 testificaba con su sangre –como él había anunciado ya en la cátedra– la validez de su doctrina. El Reino de Dios solamente avanza con los medios propios del Reino.

A nosotros, pues, se nos pide que seamos coherentes con la manera de evangelizar de Jesús, no que los resultados numéricos o verificables de nuestras acciones sean satisfactorios. Naturalmente, esto no es una exaltación de la pusilanimidad, no es una exaltación de la pasividad, no es una exaltación de la mediocridad en los servicios, no, sino una invitación a construir sobre la roca de la Palabra de Jesús, del estilo de Jesús hasta la cruz, la roca que salva. Porque el Resucitado es el Crucificado.

Desde aquí nosotros podemos vivir la alegría de la evangelización, que Dios está con nosotros, que en la cruz se encuentra la fuente de la vida, porque también debemos confesarlo: el Crucificado es el Resucitado. Si no nos situamos en este nivel de fe profunda, nuestras planificaciones pueden ser muy aparentes e incluso crear buena imagen, pero a corto o largo plazo no serán fecundas ni sostendrán la ilusión y generosidad que la pastoral nos pide a todos, seglares, presbíteros y obispos.

Como nos recuerda el Papa: *“la resurrección no es cosa del pasado”*. Por ello, ante la tentación de cansarse, de decaer en nuestra entrega al bien de los demás, debe creerse prácticamente con hechos que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá de diversas maneras. Y quizá esto lo podamos practicar en nuestra misma cercanía. No seamos negativos. Podemos cultivar la mirada de fe y pensar en la cantidad de personas, de acciones, de iniciativas que fructifican entre nosotros, aunque ese fruto no siempre pueda aparecer en los medios de comunicación. Aquí, cerca y lejos de nosotros: en acciones propiamente de Iglesia, en la vida individual, familiar, profesional, en actividades sociales, sindicales y políticas. Cuánta gente cree de verdad, hace el bien con una mano sin que lo sepa la otra, reza de verdad y con perseverancia, se compromete en mil proyectos solidarios, sabe soportar los diversos sufrimientos de la vida con paciencia y paz que reconforta a quienes los rodeamos. Y no olvidemos que en una Iglesia que está llena de canas y de cabezas calvas, estas personas siguen siendo un capital de vida cristiana de primera categoría. Para Dios no hay parados ni pensionistas. Cuántas viudas pobres del Evangelio hoy siguen dándolo todo.

Recomendaría –si alguien tiene humor– releer la obra antigua pero muy actual de Guardini “Las etapas de la vida”. Una de las cosas que dice es que el error –lo dice hace más de 70 años– es decir que la plenitud es la juventud de la vida. Mentira, cada momento de la vida tiene su sentido, lo que no podemos es a los 80 años decir “es que yo antes hacía...”, por amor de Dios, es que no tienes 40 años, no vas a hacerlo. Pero ahora tengo algo que hacer, y es muy importante y es el capital, y es creer en el misterio de la muerte y de la resurrección. ¿Y esa gente que tenemos en las iglesias que no cuentan ya? ¿Simplemente hay que prepararlas para bien morir?, no, hay que prepararlas para bien vivir su momento.

Hay que también saber descubrir otra cosa: la obra del Espíritu del Resucitado en personas y lugares al margen de la Iglesia, como Jesús descubría fe y proximidad del Reino en el centurión, en samaritanos, en algún fariseo, en publicanos y prostitutas. Qué bendición poder tener contacto con no creyentes, con gente que sale de la cárcel, con gente que ha estado con drogadictos, de esta realidad que ven y cuánta bondad tenían. Sale una persona de la cárcel y hay que acogerle, los jesuitas organizan una reunión y aquella pobre mujer lo recoge en su casa, piensan en hacer una programación y aquella persona que no ha pensado nada, que tiene que ir a misa, lo acoge en su casa. Qué testimonio de fe nos está contando.

Por tanto, si creemos en la muerte y resurrección de Jesús, una conclusión: ayudar a crecer todo lo que existe, que existen muchas cosas buenas, donde sea, como sea y de quien sea. Promover una mirada de fe en la vida, que nos llene de esperanza activa, superando los desánimos, los “no hay nada que hacer”, los “déjalo correr”... Hay una especie de daltonismo espiritual que solamente ve rojos de alarma y nunca descubre verdes de esperanza, saber descubrir verdes de esperanza.

Otra llamada: renovar nuestras eucaristías. Si antes hablaba de la intimidad con Jesús, ahora diría ¿nuestras eucaristías son de verdad lo que proclamamos: “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús”? ¿Sale de nuestras eucaristías la gente con la mayor convicción de que la vida sigue operando en nosotros y en nuestro mundo y que vamos hacia el bien, hacia la vida eterna?

La Fuerza Misionera de la Intercesión

Hace años escribía Bonhoeffer que “*una comunidad vive de la intercesión de sus miembros, si no muere*”. Este pensamiento no es más que una formulación de lo que nos narra la historia de salvación: Abraham intercesor del pueblo, Moisés intercesor

de los fugados de Egipto, los profetas mediadores entre Dios y el pueblo, Jesús de Nazaret orando en los momentos más trascendentes de su misión... “*Si el Señor no construye la casa, los albañiles trabajan en vano*”; “*Sin mí no podéis nada...*”. Ahora bien, la intercesión no es una repetición monótona de nombres y de cosas, la intercesión es mirar a las personas y las cosas con los ojos de Dios, de Cristo. Es poner a Cristo entre la hermana y el hermano y yo, entre el problema y yo.

Dios conoce muy bien a esta persona, y conoce sus defectos, incluso su carácter, y por tanto no lo justifica pero le quiere. La intercesión no es simplemente decir cosas, sino ir transformando nuestra mirada hacia el hermano y mirarlo con los ojos que le mira Jesús, que aunque le conoce a fondo, le quiere y le acepta.

Cómo debían ser aquellas noches en las que Jesús se retiraba para orar, sobre todo en los momentos decisivos de su digamos “plan pastoral”, tales como la elección de los doce, o la despedida final de su vida, o ante el horizonte de la cruz. Ahora bien, la intercesión brota de la comunión, y por ello en este tiempo debemos esforzarnos en crecer en comunión. “Vamos a hacer un plan pastoral y vamos a pensar...” ¿Y si creciésemos más en comunión, en la diócesis, en el arciprestazgo, en la parroquia, en la comunidad? Crecer en comunión no quiere decir uniformidad, sino conocimiento de unos y otros, aceptación y confianza, comunicación y conversación.

En un artículo sobre las tensiones de la Iglesia, el que fue maestro general de los dominicos, Timothy Radcliffe, abogaba por la conversación para hacer caer obstáculos y barreras, conversación entre cristianos de misión y de comunión, entre conservadores y progresistas, entre espiritualistas y temporalistas, etc. Ello no quiere decir que debemos claudicar de convicciones personales serias, pero sí podemos aprender a relativizarlas, a colaborar con personas que piensan de modo distinto a nosotros, a completar nuestra visión de las cosas y, sobre todo, a crecer en caridad y en comunión. Y este crecimiento en la comunión tampoco debe conducir a tomar decisiones pastorales poco definidas y comprometidas, asacarinadas, que no convencen a nadie, ya que siempre debe llegarse a concreciones que ordinariamente no deben complacer a todo el mundo. En definitiva, si avanzamos en el camino de aquella unidad por la que Cristo oró, nuestra oración será más auténtica y eficaz.

Creo que estas palabras que ahora citaré pueden ser una buena ayuda para centra el papel de la intercesión en la preparación de un plan pastoral. En 1981 el padre Pedro Arrupe cerraba en Bangkok unas jornadas que iniciaban el Servicio de Refugiados de los jesuitas, un servicio fruto de la mirada tan profética de Arrupe. Al terminar aquellos días dijo a los jesuitas:

“¡Por favor, sed valientes! Os quiero decir una cosa. No la olvidéis. ¡Rezad, rezad mucho! Estos problemas no se resuelven sólo con esfuerzo humano. Os estoy diciendo cosas que quiero subrayar, un mensaje, tal vez mi canto del cisne para la Compañía. Hacemos muchas reuniones y encuentros, pero no rezamos lo suficiente. Rezamos al principio y al final. Está bien, somos buenos cristianos. Si en tres días de reuniones dedicáramos medio día a la oración sobre nuestras conclusiones o nuestros puntos de vista, tendríamos luces tan diferentes y tan diferentes síntesis –a pesar de nuestros diversos puntos de vista– que no podríamos encontrar nunca en los libros y en las discusiones”.

Arrupe, al llegar al día siguiente al aeropuerto de Fiumicino, sufrió una trombosis que lo dejó incapacitado para ejercer su cargo de Superior General. Ciertamente nos dejó un impresionante *canto del cisne*.

El tiempo preparatorio de un plan pastoral no debería ser un compás de espera, sino un tiempo de praxis evangélica y de escucha del Espíritu, fomentando la comunión y el diálogo dentro de las parroquias, las comunidades y los movimientos. Y, en consecuencia, sería muy provechoso que los diferentes consejos recogieran de los miembros de sus grupos (parroquias, movimientos, comunidades, etc.) como fruto de una actitud de conversión, unos primeros sentimientos y vivencias y también primeras propuestas o proyectos que comiencen a enriquecer el material para un discernimiento pastoral posterior. Es decir, no nos perdamos en compases de espera, no. Esto que estamos haciendo ya es parte, pero lo primero que tenemos que hacer es saber escuchar, aprender a escuchar, disponerme a escuchar, y poco a poco ir recogiendo lo que el Señor nos va diciendo, porque si no nos pasa como estos tomates que vamos a buscar muchas veces al mercado, que son fruto de cultivos acelerados, que no hay quien se los coma.

Haré ahora un recorrido de rápidas instantáneas de cuatro capítulos que pongo en Nova et Vetera.

DISPOSICIONES PERSONALES

Vuelvo a recordar la importancia de una espiritualidad integradora, procuremos no ser personas orantes que estén en las nubes, ni personas reflexivas que no meten el corazón y la fe en lo que están haciendo. Y para esto aprovechar la rica experiencia pastoral, que la hay, y crecer desde aquí: grupos de revisión de vida, grupos de

contemplación evangélica, estudios de Evangelio, etc. Dar vida a cosas que ya existen, aprovecharlas mejor para dar pasos en esta vida de una espiritualidad integradora.

La Ley de la Encarnación

Todo plan pastoral es un plan que incide en la historia, y por lo tanto tiene elementos puramente humanos y racionales: lectura, estudio, análisis, reflexión... Pues pensemos que esto son experiencias de fe, esto lo pide la fe, no vivimos en un angelismo que desde el cielo nos manda: “si tú crees, estudia”, “si tú buscas a Dios, reflexiona”, “descubre”, etc.

Naturalmente, como digo, esto no es lo último, pero muchas veces aquí se aplica la acedia, la pereza de pensar, la pereza de analizar, de ver las cosas.

Luchar Contra las Resistencias Personales y Comunitarias

Las de cada uno y las de los grupos, el freno de mano. Tenemos las salas bien arregladas, unos programas, unos proyectos, pero el problema está que la persona no cambiará de ideas, no cambiará de lugar, no cambiará de su forma de trabajar.

Cultivar el Silencio Existencial

Esta espiritualidad de historia de salvación. Educarnos más para el percibir, devoramos con nuestras ideas, ¿devoramos a las personas o nos dejamos devorar?, y no hacemos este espacio de receptividad, de silencio. El filósofo coreano que hoy es de gran actualidad Byung-Chul Han, habla de practicar la ruptura y no hacer todo lo que se puede hacer. Vivimos en una sociedad en que somos empresarios de nosotros mismos, la sociedad del rendimiento: hay que rendir más... ¿y por qué hay que hacer esto? Nos han vendido un producto que además tiene más prestaciones, ¿y por qué tengo yo que hacer esto? Saber practicar la ruptura de no hacer todo lo que se puede hacer.

El silencio existencial, que es este sentido de receptividad, de no anticiparse al Espíritu, el peligro que tenemos todos los que estamos en esta sala, que somos

buenísimas personas, que no es negar a Dios sino manipular a Dios, ese es nuestro peligro.

Escuchar el Impacto de los Acontecimientos y de los Deseos

El Vaticano II en los números 10-11 de la *Gaudium et Spes* dice que Dios habla a través de los hechos pero también a través de lo que acontece. En un plan pastoral es interesante qué pasa con los inmigrantes, qué pasa con la situación política española, que pasa con la economía, qué pasa de nuestras comunidades parroquiales, qué pasa en los movimientos, cosas que pasan y cómo repercuten.

Segundo, qué siente la gente, escucharlo, porque esta persona que no lee encíclicas de los Papas, tiene un sentido muy sabio. Escuchar los sentimientos de la gente, saber acoger en la resonancia de los acontecimientos y también los movimientos y deseos de la gente. “*De Dios procede –decía un santo– todo aquello que nosotros deseamos*”, los deseos profundos, claro, los superficiales no.

COMUNIDAD Y COMUNIÓN

La importancia de la Eucaristía como experiencia y como elemento.

Qué quiero decir con esto: esto que tenemos tan a mano –aunque haya mucha gente que no viene, que no participa–, cuántas veces la Eucaristía es –en el mejor de los casos– una homilía renegada de otros textos. “Voy a la homilía del padre tal”. Ojo, hay que preparar bien la homilía, pero vamos a celebrar la Eucaristía. Por tanto en la Eucaristía lo interesante no es que me digan al final “¿sabe que aquella interpretación del evangelio de Juan nunca la había oído?”, “¿sabe que aquello que ha dicho usted tiene razón, porque cómo van los políticos...?” Lo importante en la Eucaristía es que a las personas les haya pasado algo, que salgan con más paz, con más ganas de darse a los demás, con más esperanza, sentirse más queridos por Dios, con más ilusión en lo que viven, con una fuente de gozo más profunda. ¿Ha acontecido algo?, es lo que deberíamos preguntarnos después de la Eucaristía, porque el Evangelio es un contagio, la evangelización. También, como dije antes, la Eucaristía como experiencia de intimidad con Jesús.

Creo que en la Eucaristía ha habido dos modelos:

- ✓ ***Eucaristía retablo***, en la que yo he sido educado. Mi primera Eucaristía sería el marco de 1939, todavía no había terminado la guerra, en Barcelona sí, delante de la iglesia quemada, llena toda la plaza, misa de campaña. Yo tenía cinco años y medio, y recuerdo que viví aquello como lo más grande que podía pasar en el mundo. En esa Eucaristía retablo, en una lengua que yo no entendía, el cura de espaldas, algo viví en profundidad.
- ✓ Hemos pasado a una ***Eucaristía drama***, una opción, no tragedia. Que ojo, que al vaciar la bañera no se nos escape el niño. Que esta Eucaristía que es drama, que cantamos, compartimos, nos encontramos, que no se pierda esa vivencia que también es fundamental y que al final es lo que nos anima.

A mí aquello que viví en el año 39 sigue vivo todavía, de una forma muy distinta, pero es algo que viví que pasó en mí.

Como sabemos bien, la Eucaristía hace la Iglesia; la Iglesia hace la Eucaristía, pero la Eucaristía hace la Iglesia. Ya podemos hacer buenos planes pastorales si nuestra Eucaristía no tiene esta garra profunda, que no sea simplemente el comentario “qué bonita nos ha salido la Eucaristía”, no es precisamente el epíteto mejor que podemos decir de una Eucaristía.

Crecer en comunión

Algo esencial: vamos a hacer planes de comunión y, por lo tanto, esta experiencia de escuchar, respetar, tenernos confianza, claridad, etc. Crecer en comunión, que nuestros planes pastorales no sean luchas, desintereses, facciones. Como decía, un plan pastoral es preparándonos preparados, preparándonos a nosotros estamos preparados.

Pasar del “yo” al “nosotros”

“Yo haría”... pero mira, la Iglesia no eres tú, somos todos. “Yo haría esto pero creo que a la comunidad se le puede pedir esto”, es interesante lo que tú sientes, pero creo que hemos de acostumbrarnos de pasar más del “yo” al “nosotros”. Yo siento, pero

¿qué siento yo de la comunidad?, esto lo vamos a dialogar, pero trato de ponerme en el nosotros como el Padrenuestro.

HACIA UN PLAN PASTORAL

Generosidad para Hacer

Un plan pastoral es un discernimiento apostólico y, por tanto, es un discernimiento que tiene una finalidad práctica. Fijaos qué es lo característico del discernimiento: el discernimiento en la Biblia no es una sabiduría que termina en un libro o en un folleto muy bonito, sino que tiene una salida práctica, para hacer algo. Por tanto, un plan pastoral pide que vayamos desarrollando en todos nosotros la generosidad para hacer.

El plan pastoral nos pedirá desprendernos de cosas, cambiar actitudes, mejorar comportamientos: disponeros a hacer.

Modestia de las Concreciones

Ya decíamos con Unamuno que “las ideas puras crean bocio”. Hemos de dar más, cómo puedo orar yo que tengo trabajo siete horas por la mañana, tengo por la tarde tres niños de catequesis, tengo una reunión...y las concreciones al final siempre son modestas.

Una de las últimas obras de Teología Espiritual, no está traducida al castellano, de un autor alemán, dice “*El Espíritu de Dios es concreto*”, este es el título. El Espíritu de Dios es concreto, el peligro es que el Espíritu lo hacemos abstracto.

En el año 84 Karl Rahner cumplía 80 años, y entre los muchos homenajes hubo un acto en Edimburgo –ciudad suya natal– y tuvo una gran conferencia en la que resumió un poco el sentido de su vida y al terminar dijo lo siguiente: “*vale más un plato de sopa dado a un pobre que todas las conferencias, libros y elucubraciones teológicas. Por esto hace dos días he recibido la carta de un misionero en África que se le ha estropeado la moto; ahora les propongo a ustedes, queridos amigos y amigas, que si entre todos hacemos una colecta y el fruto de todas estas celebraciones será que habrá un misionero en África que vivirá agradecido con ustedes*”. Al final todo es un plato de sopa para un pobre, al final todo el Evangelio se traduce en esto. Un plan

pastoral será un plato de sopa dado a un pobre, una cosa que no vale mucho, que es muy sencilla.

El Espíritu de Dios es concreto, más allá de la simple burocracia. Por tanto, aunque ya lo he dicho repetido varias veces, el plan pastoral supone reuniones, estudios, lecturas, folletos, fotocopias, etc. ¿por qué no pasamos estas cosas por la oración? Una reunión, y en el viaje voy pensando qué diré en aquella reunión, y mientras habla otro estoy pensando lo que diré yo, en el sobre de la convocatoria apunto cuatro cosas que he estado diciendo... El combate contra la burocracia en lo que estamos haciendo.

Cualidades del Diálogo

Un plan pastoral es pasar de un “yo” a un “nosotros” y uno de los caminos es el diálogo. Creo que es inagotable lo que Pablo VI decía en la *Ecclesiam Suam*, primera encíclica sobre el diálogo, y hablaba primero sobre ¿qué es el diálogo?: “*es un impulso interno de amor que se convierte en don externo de caridad*”. Dialogar no es charlar, dialogar es creernos a través de la palabra, es un impulso interno porque yo quiero a los demás y quiero a los que están aquí reunidos, y cuido mis palabras que procuren amor, son vehículos de amor.

Esta palabra dice que ha de tener cuatro características:

- ✓ **Claridad**, porque se trata de personas inteligentes. Si no hay claridad suele ocurrir dos cosas en el diálogo: o perdemos mucho tiempo o quizá nos perdemos inútilmente, “yo no quería decir esto”.
- ✓ **Mansedumbre**. En el diálogo las cosas se imponen por su propio valor, no porque yo hable de una forma, porque use la ironía con gente que piensa distinto a mí, porque bloqueo con mi carácter un poco prepotente lo que se va a decir. El diálogo pide mansedumbre, naturalidad, y no imponerse por cosas ajenas al texto.
- ✓ **Confianza**. La confianza que yo doy a los demás y la confianza que yo tengo con los demás. Me fío de los demás y es una experiencia de fraternidad, pero yo hago que los demás puedan fiarse de mí, que por lo tanto me escuchen, interpreto bien, tengo una actitud positiva. Y si discrepo, no aplasto, pregunto.
- ✓ **Pedagogía**. No es la diplomacia, sino decir las cosas de forma que las sepan recibir las personas que están allí. Somos de generaciones distintas, qué distinto es hablar de la guerra española cuando hay personas que le han matado en un bando a su padre y a un hermano, cómo hablamos de esto; o cómo hablamos de ideas dentro de la Iglesia, o de problemas. Las cosas no hay que enmascararlas,

pero no las decimos a bocajarro porque a una persona le puede herir, o interpretarla mal porque está en otro contexto.

Un plan pastoral bien llevado supone un progreso en el diálogo, con experiencia de amor.

ALEGRÍA DEL EVANGELIO

Aquello que ha de marcarlo todo, en todo momento, no perder de vista que se pretende hacer un plan marcado tanto en su elaboración como en su finalidad, por la alegría del Evangelio, una alegría muy ligada a la generosidad del amor y el fervor, como decíamos esta mañana.

El fervor es algo que hierve, es la pasión del corazón, y esto es lo que da alegría y plenitud. Por tanto conviene leer y meditar bien, sobre todo el primer capítulo de la *Evangelii Gaudium*, que inspira nuestra tarea.

La *Evangelii Gaudium* nos viene a decir que un plan pastoral auténtico, por un lado, debe nacer del gozo de haber encontrado, de haber saboreado una y otra vez el Evangelio del Reino de Dios, que es experiencia de un Dios que ama y salva. De esto ha de nacer. Pero por otro lado debe ser una forma de decir y de hacer que invite hacia afuera, no sólo nacer del amor y del gozo, sino que invite a los cristianos a crecer en este gozo en el amor siempre en aumento, de manera que todos seamos sal y luz en nuestra sociedad.

Ojalá que la preparación de nuestros proyectos, de nuestros planes pastorales, en la elaboración y formulación de otros planes, nos guíe siempre lo que guio a Jesús. Ojala podamos decir a nuestras comunidades, a nuestras parroquias, a las personas a quienes destinamos nuestros proyectos: “todo esto os lo hemos dicho para que vuestra alegría, la de Cristo, sea en vosotros una alegría completa”. Que no nos ocurra lo que decía Dostoievski, que sea un plan pastoral que el demonio pueda decir que aquello no ha creado más que bostezos de aburrimiento. Así responderemos a la llamada del Papa que nos dice “*Exhorto a todos a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones y sin miedos*”. Ojalá pues que la alegría del Evangelio nos llene y sepamos transmitirla a los demás.

DIÁLOGO CON EL PONENTE

P. Le agradecemos mucho esto que nos ha dicho hoy por la mañana y por la tarde, y en todo lo que ha venido diciendo es que compruebas que tiene eco fundamentalmente en las dificultades que tenemos en las diócesis para la realización y la ejecución del plan pastoral, en donde todo este tipo de actitudes que están tan bien reflejadas en la Evangelii Gaudium, y que también lo que importa menos es el plan, y es lo creativo. Yo doy clases de planificación pastoral y yo digo: no vengo a decirlos cómo se hace un plan, vengo a decirlos qué actitudes tiene que haber para que haya un plan, en una parroquia, en un arciprestazgo, en una zona pastoral, una vicaría, una diócesis. Que lo importante por tanto son este tipo de actitudes en donde se pasa incluso de ese yo personal a un nosotros eclesial, en donde se hacen análisis desde una lectura creyente, en donde se pasa por la oración, luego se hace misión, y en esas dos palabras que también insiste tanto el Papa Francisco, que no han salido pero las ha dicho de otra manera: discípulos misioneros, que está tanto en el documento de Aparecida. El que ha conocido, el que vive, el que tiene en su interior, el que ha intimado, es el que luego anuncia. Si esa experiencia no existe, somos funcionarios de la pastoral. La misión sale de ahí, y además vivir la experiencia del discipulado nos lleva a profundizar en la comunión. Esa experiencia la hemos tenido muchos, cuando te han dado cargos diocesanos, con gente con la que a lo mejor no te relacionabas y que precisamente el concepto de la misión, de la tarea realizada con otros, con mis compañeros o con gente de la que estaba separado, da un sentido de comunión muy profunda, que ha venido de haber aceptado la condición de discipulado y lleva a la comunión. Es una reflexión que yo hago como un eco de lo que usted está diciendo y cómo lo vemos.

El mejor de los planes, que puede ser cualquiera que cojamos en nuestra diócesis, el mejor –el nuestro lo hemos hecho a partir de un sínodo, fijese si hubo consultas, es un plan para cinco años, con muchas acciones, con cuatro objetivos generales–, precisa de muchas actitudes de estas que usted dice, y que tiene que ser tarea de todos.

(Sin comentario)

P. Tal vez en este tema del plan pastoral tenemos que contar mucho más –me parece a mí en mi modo de ver– con lo que realmente es la Iglesia como cuerpo de Cristo, y sentir un poco que el plan pastoral, el que fuera, que al fin y al cabo el plan pastoral

destaca unas realidades de la Iglesia, necesita el saber que estamos como en una casa común, eso es muy difícil en una diócesis, sea grande o pequeña. Si es pequeña a lo mejor es más fácil, si es muy grande no. Aun siendo una diócesis pequeña el sentir que esto es nuestro. Yo creo que lo menos importante para mí es que se cumplan estas acciones, o que se haga esto o aquello otro, sino que sintamos que estamos haciendo algo que es nuestro, bien seas un laico, una persona de vida consagrada, bien seas un jesuita. Entonces, no lo sé si lo que usted nos ha dicho sin duda ninguna que lleva también a esto, pero Jesucristo en este momento está resucitado, pero también necesita de miembros de ese cuerpo siendo él la cabeza, y por eso también tiene más importancia el decir “esto lo hago, a lo mejor es un padre nuestro que rezo, pues una acción que hago aquí, he oído al cura que hay que hacer esto...” sintiendo que no es un “llanero solitario”, sino aquella realidad: un solo cristiano es ningún cristiano.

R. Eso es repetir mucho junto a aquella frase de Rhaner que se ha dicho hasta la saciedad de que “el cristiano del futuro será un místico o dejará de ser cristiano”, que notemos que esto no se dijo para el siglo XXI, sino para los años 70 y 80 del siglo pasado, se dijo en el 66, aún no había pasado ni mayo del 68. Pero esto de Rhaner ha de ir aparejado con aquello que decía Michonneau en Francia en los años 40: “No hay vida cristiana sin comunidad”, no hay cristianismo sin experiencia personal, pero esta experiencia personal necesita un espacio en que se exprese, se celebre, se contraste, se discierna, o no funcionará.

Esto es lo que he apuntado, he hablado en el sentido de pasar del yo al nosotros, esa es la experiencia de comunidad, de comunión, de aceptación, de diálogo de tendencias distintas. El papel central de la Eucaristía, que es la experiencia comunitaria central. La referencia por tanto a unas orientaciones que vienen de aquella persona que expresa un poco la comunión en la Iglesia que es el Papa.

P. *Has vuelto a hablar de la diáspora, y a mí me parece que esto es una condición fundamental en que tenemos que aprender a saber vivir y a saber situarnos. Has comenzado la mañana diciendo que somos unas comunidades reducidas, más pequeñas, y además estamos en medio de una sociedad cambiante, en situación de diáspora. Yo ahora mismo, al final, me ha venido a la memoria algo que Juan Luis, cuando ha introducido esta mañana las jornadas recordando algunas anteriores, ha mencionado. Hace unos años en Toledo un profesor nos hablaba precisamente de la diferencia que había entre ser resto y ser residuo, y yo creo que eso es algo que tenemos que tenerlo muy presente: saberse un resto pero que tiene una capacidad de*

germinar, de crecer. Porque lo importante es nuestras comunidades, siendo pequeñas, sigan sabiendo que tienen que ser la semilla del Reino en medio de una sociedad, no quedarnos ni conformarnos. Podemos hacer unos programas residuales extraordinarios, quedarnos todos muy contentos, felices en nuestra casa, pero si perdemos la capacidad de ser la semilla para el Reino en medio de nuestra sociedad, no seremos resto y no podremos hacer fructificar el Reino. Me parece que esa situación de diáspora debe inquietarnos mucho.

(Sin comentario)

P. No sé si es fácil pasar de una situación de cristiandad –aunque llevamos mucho tiempo diciendo que hemos salido de ahí– a una situación de misión, de diáspora, distintos nombres. Lo que no cabe duda es que las características, y sobre todo las actitudes de los mismos evangelizadores, no es la misma. Y no se cambia por decreto-ley, y eso exige lógicamente un tiempo porque lo lleva uno realmente como colectivo, Eso significa que en una sociedad cada vez más plural, donde hasta los mismos sociólogos reconocen que, por lo menos en Europa –la gran excepción con respecto al resto del mundo– cada vez hay más religiosos. En Canadá –no así en Estados Unidos– la secularización cada vez es más grande. Vivir realmente esa situación de diáspora supone unas actitudes que no se llevan a cabo de la noche a la mañana, eso por un lado.

Por otro lado también, con respecto digamos al mundo, pasar de una situación donde la Iglesia casi ha sido todo, a vivir de una manera ahora en una situación de no brillar, donde tiene que estar como resto o como algo totalmente gratuito, pues lógicamente cuesta. También puede que para mucha gente pueden vivir muy bien, aunque para nosotros creamos muchas veces que no, signos religiosos. Es una situación que de alguna manera nosotros seguimos explicando y enseñando que las cuestiones últimas están ahí. Aquella canción de Víctor Manuel: “Déjame en paz que no me quiero salvar, en el infierno no se está tan mal”. Cuando hablamos esta mañana del tema del mundo es verdad que en aspecto positivo, pero también en el mundo cuando leemos el Evangelio Jesús también mantiene a veces diferencias claras con respecto a ese mundo, no vale cualquier cosa.

En este sentido de alguna forma mantenernos con ese carácter positivo digamos del mundo que tiene que ser vivir lo que Dios quiere, que ha salido de las manos de Dios. Saber de alguna manera desentrañar este aspecto del otro aspecto que quiere vivir

realmente como al margen, y no es que nosotros queramos decir cómo tienen que ser las cosas, no siempre resulta fácil. De alguna manera alguno se encuentra a veces como dividido para evitar por un lado el látigo, que es un poco como la actitud con la que nos ve muchas veces la gente, pero por otro lado también el saber que no todo vale y, realmente, como tú antes decías, creemos que tenemos algo distinto también que decir, porque eso es lo que se nos ha transmitido. Porque –como dice el Evangelio– para decir lo mismo que los paganos ¿qué merito tenéis?, ¿dónde está la especificidad nuestra de forma realmente que los otros puedan ver que merece la pena?, porque repito, para decir lo mismo... ¿dónde estamos entonces?

Yo veo realmente también un poco con esa dificultad que atraviesa los corazones de los evangelizadores incluso más en punta.

(Sin comentario)

P. Yo miro lo que usted nos ha dicho y el centro de todo descansa casi en lo antiguo en una circunstancia actual que ahora no... Yo veo en los planes pastorales que se tiende a poner la mirada no en lo recibido sino en lo que tenemos que hacer. Entonces se produce un desconcierto y al final normalmente se fracasa. No sé su experiencia, pero yo viendo esto digo: yo no tomo como plan pastoral, ¿cuál es el plan pastoral?: esto. Cada uno tendrá que ver cómo lo concreta. Yo veo que gastamos mucho tiempo en la concreción de las cosas esperando de ellas el éxito, y sin embargo veo todo esto y pienso que me gustaría vivir esto, en la circunstancia actual. Lo cual requiere que cada uno se ponga en juego, personal y comunitariamente, pero la referencia sería no tanto cosas que hacer, cuanto cosas que meditar, contemplar juntos y ver cómo eso transforma nuestra vida.

Se lo pregunto porque siempre es una cosa que está ahí, pero ahora al escucharle se me ha vuelto a imponer.

R. Lo importante no es bailar, sino saber bailar, porque cuando la orquesta empiece a sonar no hay nadie. El problema es que queremos aprender el baile sin saber bailar. Lo importante es crear esta actitud de escucha, de receptividad, de sensibilidad nueva, transformamos para poder discernir, el cristiano adulto es el que ha cambiado la sensibilidad, y entonces ante esto me reuniré, rezaré, pero tomaré una decisión. Es una sabiduría práctica, he aprendido a bailar pero no bailo, no programo el baile, si van a tocar una sevillana o una sardana.

Sintetizo con una imagen, como Jesús hablaba con imágenes. Maurice Bejart, este gran bailarín, decía que hay tres tipos de bailarines: está el aficionado, el profesional y el maestro. El aficionado es el que salta al tablao y se empieza a mover; el profesional es el que baila con perfección, con fidelidad al código de la danza impecable; y el maestro es el que sale y empieza a danzar y da la impresión que nació bailando después de 20 años de entrenamiento.

El problema nuestro es el entrenamiento, y queremos resolver cosas sin habernos entrenado. Por eso decía ese hábito de ir cultivando este *sensus christi*, este sentido de Dios, esta sensibilidad. Que hay que reunirse y programar, pero se lleva mucho tiempo y nos coge la cosa sin tener la sensibilidad para otra cosa.

La gigantomanía es la batalla de gigantes de las asambleas, una batalla de reuniones, de papeleo, de programaciones, en el fondo es que no estamos preparados para enfrentarnos a la realidad. O la famosa Asamblea del Clero de los años 70, que alguien dijo: bueno es como si ahora se declarase una epidemia y dijésemos vamos a hacer una asamblea para descubrir quién fue. Mucho instrumento pero no lo profundo que es la capacidad de afrontar la realidad. Trabajarnos, trabajarnos como individuos, como comunidades, trabajarnos para afrontar la realidad.